

Mayen dice que comunmente precede el piloto al tiburón, y que por regla general va siempre delante de su hocico, adelantándose á veces ora á la derecha ó bien á la izquierda como quien va de descubierta, pero sin dejar nunca de reunirse en seguida con su tiburón. Un día siguió al buque en que se hallaba el citado naturalista un tiburón á una distancia de cuarenta metros; le echaron un anzuelo cebado, y veloz como el rayo, acudió el piloto, no solo á inspeccionarlo, sino que hasta pareció probarlo, volviendo despues junto al tiburón, alrededor del cual se puso á dar vueltas azotando con su cola el agua hasta que logró que aquel se pusiera en movimiento, si bien para que á los pocos minutos fuese víctima de su voracidad.

La mayor parte de los escritores suponen que el piloto se alimenta de los excrementos del tiburón, pero Bennett cree haber reconocido pececillos en los restos que encontró en el estómago de un piloto. Cabe en lo posible que coma unos y otros.

Es muy natural que entre ambos peces nazca poco á poco cierto afecto, porque tenemos muchas pruebas de la inteligencia de los peces en general, y no es raro que entre los animales superiores de muy distintas clases exista una amistosa intimidad que va estrechándose aun mas y mas por el hábito, porque el piloto sigue á los buques casi con la misma fidelidad que al tiburón, y probablemente no solo cuando ha perdido á su compañero, sino como dice Gessner «por puro afecto»; quizás por el mismo motivo á que obedece el tiburón, es decir, por recoger algo de lo que arrojen de á bordo. El piloto no habita los mares septentrionales, pero muchos han acompañado buques hasta dentro del canal de la Mancha. En enero de 1831 entró en el puerto de Plymouth el buque «El Perú», que venia de Alejandría despues de una travesía de ochenta y dos días. A los dos días de su salida se le habian agregado dos pilotos, uno á cada lado, y lo fueron siguiendo á poca diferencia siempre á la misma distancia, siendo tanto lo que se acostumbraron á él que por último se pudo coger uno desde un pequeño bote, si bien se escapó al momento gracias á haber dado un brinco oportuno; pero desde aquel momento se separaron los dos peces, y uno tras otro fueron cogidos definitivamente. Bennett asegura que solo es posible coger estos animales tan listos despues de haberse apoderado de un tiburón, por cuanto sus pequeños y fieles compañeros no quieren separarse de él y le siguen dando continuas vueltas hasta muy cerca de la superficie, de suerte que á veces es fácil cogerlos con esparavel de mango largo.

Los que han tenido la rara suerte de comer de este pescado convienen en que su carne es tan buena como la de caballa.

LOS EQUENEIDOS—ECHENEINI

«Del mismo modo que se cogen en nuestro país las liebres con perros y las aves con halcones, así tambien cogen ciertas naciones insulares los peces del mar con otros peces adiestrados y acostumbrados á este trabajo. Dicese que uno de estos últimos se parece á una anguila grande, solo que tiene la cabeza mas voluminosa, y en la nuca una piel ó membrana á manera de bolsa muy grande y ancha. Se les suele llevar por el agua atados desde el barco á una cuerda de modo que no estén fuera de su elemento porque no soportan mucho rato el aire ni la luz. Luego que la tripulación divisa una tortuga grande ó un pez, deja ir cuerda y el pez cazador al notar lo se precipita como una saeta sobre la presa, cogiéndola con tanta fuerza con su piel ó bolsa, que por muchos esfuerzos que aquella haga le es imposible desprenderse de su enemigo; los del barco al verlo tiran de la cuer-

da y los suben á bordo, donde el pez cazador abandona la presa á los marineros, y estos lo vuelven al agua á ocupar su puesto, pero dándole un trozo de la presa atrapada. Dicese que en poco tiempo cogen muchos peces con uno de aquellos.»

Así dice Gessner repitiendo un cuento que en su tiempo y hasta mucho mas tarde era creído por todo el mundo; pues Colombo, Dampier, Commerson, Seoane y otros viajeros pretenden haber visto en las costas de Africa y de América cómo la gente tenia peces en barriles llenos de agua marina y los hacian servir para cazar en el mar, exactamente como Gessner refiere, es decir que los tenian atados á una cuerda que aflojaban tan luego como veian llegar una tortuga. Al sentirse los peces con mas libertad, lo primero de que tratan es de huir, y cuando ven que no pueden desprenderse de la cuerda se agarran tan fuertemente á la tortuga que los del barco pueden fácilmente subir los dos á bordo.

Los antiguos ya conocian la rémora, que es el pez al que Gessner y los demás autores se refieren, y no hay duda de que debe su nombre á su cualidad de adherirse á los buques y peces grandes, que ha dado origen á todas estas fábulas. Tampoco faltaba en la antigüedad quien creyera que este pez era realmente capaz de ser una verdadera rémora que impedia á los buques avanzar, y mas adelante debió propalarse la especie de que se le podría utilizar en la caza de otros animales marinos, pues no de otra suerte se explica la concordancia que existe entre los relatos de varios viajeros antiguos, dado que es muy dudoso que ninguno de ellos presenciara el empleo descrito de estos peces, por la razon de que ninguno de los navegantes modernos ha visto confirmadas sus relaciones.

Algunos naturalistas reunen las rémoras á los gobioides en su acepcion mas lata y á los discobolos en particular, sin que dejen de conocer que no existe afinidad entre ellas y los dos grupos indicados; por lo tanto será mas acertado seguir á los ictiólogos ingleses y colocarlas aquí, pero como representantes de una sub-familia particular, con el nombre de *Equeneidos* ó *rémoras*.

LAS RÉMORAS—ECHENEIS

CARACTERES.—El único género de esta sub-familia lo forman naturalmente unos peces cuyos distintivos son: un disco plano y de forma oval que empezando sobre las fosas nasales cubre toda la cabeza y hasta una parte del lomo; este disco tiene un borde flexible, con diez hasta veintisiete arrugas transversales, movibles y guarnecidas en su cresta de finísimos denticillos, y hace las veces de ventosa para agarrarse el animal á objetos extraños. No existe la primera aleta dorsal; la segunda se halla colocada muy atrás, exactamente encima de la anal; las aletas torácicas y abdominales son pequeñas; la caudal es relativamente grande y puede ser escotada ó redondeada. La mandíbula inferior sobresale de la superior, y ambas están armadas de dientes finos de púa, como los lleva tambien el vómer; los de la lengua son de terciopelo y mas finos. La boca es ancha y abierta. La membrana branquial tiene ocho radios. El estómago es grande y el conducto digestivo corto y ancho. Falta la vejiga natatoria.

LA REMORA COMUN—ECHENEIS REMORA

CARACTERES.—Es la especie mas comun de su género (fig. 161) y sub-familia, y la que conocian los antiguos por habitar el Mediterráneo. Su longitud es aproximadamente de 0^m,30; las escamas pequeñas y lustrosas están cubiertas de una materia viscosa y su color oscila entre un

amarillo pardusco y pardo oscuro. El disco-ventosa suele tener diez y ocho arrugas.

LA RÉMORA AUSTRAL—ECHENEIS NAUCRATES

CARACTERES.—Esta especie, muy afine de la anterior, alcanza una longitud de 0^m,20 á 0^m,25, y su disco tiene

veinticuatro arrugas. El color es en el dorso verde aceitunado y en el vientre blanquizco.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La rémora austral habita el Atlántico y el Pacífico.

USOS, COSTUMBRES Y REGIMEN.—Todas las rémoras tienen el mismo género de vida. Se adhieren como los discobolos á otros objetos, regularmente á los cascos de

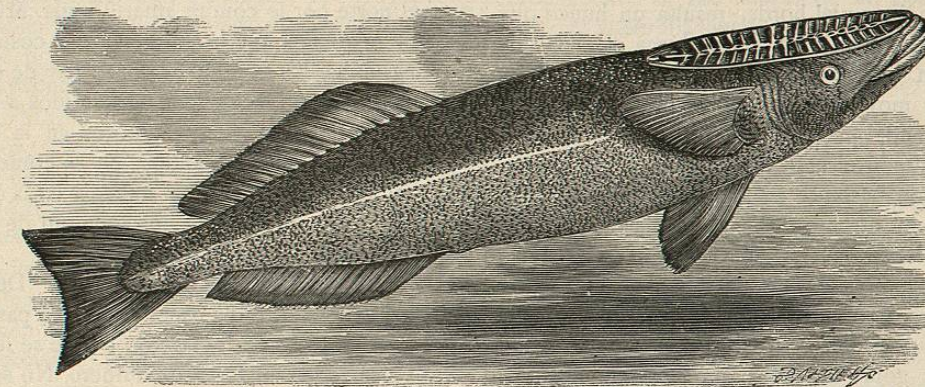


Fig. 161.—LA RÉMORA

buques y á los tiburones, y alguna vez á las rocas y piedras. Es raro ver un tiburón sin estos parásitos; en cambio á veces están literalmente cubiertos de ellos. Probablemente les facilita su rugosa piel la adherencia y su movilidad la ocasion

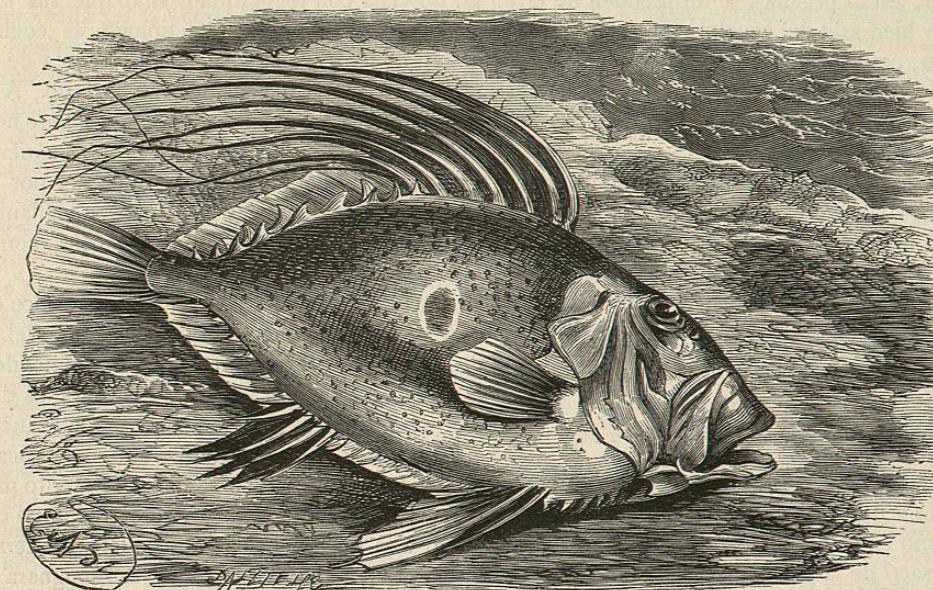


Fig. 162.—EL CEO COMUN

de pescar continuamente en nuevos sitios. Adheridos, ya sea á tiburones, ya á los buques, hacen largos viajes, y como los pilotos, pasan de este modo á mares que les son en realidad extraños, lo que explica por qué la rémora figura tambien entre los peces de Inglaterra siendo mas bien del Mediterráneo, pues no de otra manera se comprende su extraordinaria dispersion. Por lo demás, no se ha podido todavía averiguar satisfactoriamente la causa que los mueve á adherirse á buques y tiburones. Se comprende que se adhieran á ciertos objetos por la razon de que todo animal sabe hacer el uso mas conveniente de las dotes que la naturaleza le ha concedido, pero difícil es decir porqué hacen lo propio con objetos movibles, pues la razon que se da de que así suple su poca habilidad en el andar, es una mera suposicion que no se ha demostrado todavía, por mas que sea probable.

Kittlitz dice acerca de ellos: «Mientras que la parte superior de la cabeza está adherida, las mandíbulas guardan suficiente libertad para coger los objetos pequeños de que se alimentan y que pasan á su alcance, para lo cual están perfectamente adaptadas. El cuerpo de las rémoras parece en cierto modo invertido; su vientre se asemeja al dorso de otros peces, pues no solo forma como un lomo, sino que su color es mas oscuro que la parte superior del cuerpo, la cual suele estar siempre adherida á otros cuerpos, siendo tal el instinto del pez en este punto que casi nunca se puede ver su dorso por tenerlo constantemente unido á otra cosa mientras el animal vive; en términos de que hasta se adhiera á una vasija llena de agua de mar, es decir con la espalda hácia abajo y el vientre hácia arriba, en cuya posicion invertida permanece muy tranquilo.»

Parece que las rémoras pasan toda su vida en esta posición acaso con insignificantes interrupciones, siendo tan grande la fuerza de su órgano chupador que hasta después de muertas continúan íntimamente pegadas á cualquier objeto. El modo de adherirse se explica con facilidad, porque su disco obra, no precisamente como una ventosa, aunque sí de un modo semejante. Para ello bajan los hojitas del borde del disco que se pone llano; y apretando entonces la superficie lisa contra el objeto al que quieren adherirse y levantando otra vez las hojitas y el borde, resulta un hueco que hace que la presión del agua exterior produzca el efecto de adherencia. No son tan torpes para nadar como pudiera creerse, si bien los movimientos que producen exclusivamente con la aleta caudal parecen pesados y torpes. A veces se los ve nadar delante ó al lado de un tiburón ó al rededor de un buque con bastante rapidez y destreza. No es fácil confundirlos con otros peces, porque hasta nadando parece que se mantienen con el vientre arriba y el dorso abajo. Cuando el cocinero del buque arroja al mar las aguas sucias de la cocina, se desprenden las rémoras á docenas del buque al que están adheridas, y surcan las olas culebreando para aprovechar las gotas de grasa que pueden alcanzar. También se las puede hacer abandonar su puesto y cogerlas con un anzuelo cebado con tocino. Su robusta dentadura indica su naturaleza rapaz, aunque Bennett no encontró en su estómago mas que crustáceos y conchas pequeñas. Cuando han cogido una presa, vuelven á su sitio, quedando al momento tan fuertemente adheridas como antes. Cuando se coge el tiburón al que están pegadas, se desprenden de él y se unen al buque, no bien sale del agua el cuerpo del monstruo al izarlo á bordo; pero también puede suceder lo contrario, según observó Kittlitz, porque las vio «tan adheridas á un tiburón cuando ya estaba suspendido en el aire, que fué menester arrancarlas á la fuerza.»

Nada de fijo se sabe respecto de su reproducción; Bennett solo dice que son vivíparas según se cree.

La mayor parte de los navegantes se resisten á comer rémoras á causa de su pobre apariencia, pero los que no se dejan dominar por esta preocupación, están acordes en que no tienen mal gusto, y algunos, de cuya opinión participa también Bennett, dicen que son muy sabrosas.

LOS CEOS—ZEUS

Una leyenda piadosa refiere que un día el apóstol San Pedro se vio obligado á pagar una contribución, y que en lugar de meter la mano en el bolsillo, la metió en el agua, y cogiendo un pez, le sacó de la boca la moneda que necesitaba. Este suceso extraño debió de ocurrir en el mar, y por otra parte, el santo apóstol cogería sin duda con gran fuerza el pez en cuestión, porque este que vive en el Mediterráneo, tiene en cada costado una mancha negra y redonda que, según la leyenda, representan las impresiones de los dedos, siendo esta sin duda la causa de haberle dado el nombre del santo en algunos países. En Grecia lo llaman pez de Cristo, en España de San Martín y en la Alemania del norte rey de los arenques. Acaso lleve su nombre de familia (*Zeus*) con mucho derecho, lo que probaría que los antiguos debían considerarlo ya como un pez excelente.

EL CEO Ó PEZ DE SAN PEDRO—ZEUS FABER

CARACTERES.—Este pez (fig. 162) es el representante de la sub-familia de los citinos y del género ceo. Tiene dos aletas dorsales separadas, distinguiéndose la primera por

sus radios prolongados que acaban en hilos; dos aletas anales un tanto separadas y que repiten en cierto modo la forma de las dorsales, puesto que los radios de la primera se prolongan también; las abdominales son grandes y se hallan insertas debajo de las torácicas que son pequeñas y redondeadas. La línea media del dorso y la del vientre llevan espinas bifurcadas, estando el resto del cuerpo cubierto de escamas muy pequeñas. El color varía según la estación y región que el pez habita; en el Mediterráneo es frecuentemente todo dorado, y en el norte por lo común amarillo gris. Muy notable es la mancha negrísima que ostenta en cada costado. Las aletas son negruzcas. En la primera dorsal hay de nueve á diez radios espinosos; en la segunda de veintidos á veintitres radios blandos; de cuatro á cinco espinosos en la primera anal, y en la segunda veintiun blandos; en la torácica se cuentan trece radios, en la abdominal nueve y en la caudal trece. Según dicen, alcanza este pez una longitud de un metro y un peso de quince á veinte kilogramos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Desde el Mediterráneo se extienden estos peces hasta una parte del Atlántico y hacia el norte hasta Inglaterra, donde se les ve constantemente y se cogen en bastante número. No son peces comunes, pero tampoco raros en verano.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Por las relaciones de observadores y pescadores del Mediterráneo sabemos que prefiere el ceo la alta mar á las costas, y que es pez solitario. Couch dice que solo se acerca á las costas con una especie de arenques, por manera que no es pez de paso, esto es, no viaja con regularidad, sino que sus excursiones son accidentales. Según dicho ictiólogo, se cogieron en otoño del año 1829 en una sola redada, sesenta de estos peces, entre ellos varios de considerable tamaño. A juzgar por su figura, podría creérsele nadador lento, pero no es así, pues se mueve con gran viveza y destreza, por manera que no cede en nada á la citada clase de arenques, y por lo demás coge también jibias, animales muy listos y vigilantes que, juntamente con peces pequeños y crustáceos, constituyen su alimento favorito.

USOS Y PROVECHO.—Montagu dice que el primero que ha sabido apreciar la deliciosa carne del pez de San Pedro fué el célebre actor inglés Quin, debiéndose á él la gran fama que ahora goza entre los gastrónomos de aquel país, y que desde Inglaterra la moda pasase á Francia y mas tarde á Italia; pero el nombre latino antiguo indica que los habitantes del Mediterráneo conocían su mérito mucho antes que Quin, y además tenemos á Paulo Jovio que califica este pez como uno de los mas sabrosos del Mediterráneo. Esto no impide que á algunas personas les repugnara á causa de su aspecto poco apetitoso, y que hasta hace poco tiempo no se haya vencido una repugnancia que podrá haber predominado durante cierto tiempo, pero que hoy no existe, puesto que se les pesca con gran ahinco á pesar de no prestarse mucho á una pesca regular, toda vez que si se les coge se debe mas al acaso que á la inteligencia y maña.

LAS CORIFENAS—CORYPHÆNINÆ

CARACTERES.—Los individuos de esta sub-familia tienen el cuerpo oblongo y comprimido lateralmente y la cabeza chata, porque la región frontal está poco inclinada. La aleta dorsal, sostenida por radios flexibles, si bien todavía espinosos, se extiende por todo el lomo; las abdominales cuando no faltan completamente, son reducidísimas, pero en cambio se halla muy desarrollada la anal, y lo mismo sucede con las torácicas y la caudal. En algunas especies están las aletas verticales en parte cubiertas de escamas. Las mandíbu-

las, y en la mayor parte de las especies también los huesos palatinos y el hioides, están armadas de dientes de púa, y la lengua y arcos branquiostegos de dientes de terciopelo. En muchas especies falta la vejiga natatoria.

LOS DORADOS—CORYPHÆNA

CARACTERES.—Para la descripción de todo el grupo basta la del presente género de los dorados, de cuyo aspecto sorprendente hablan todos los marinos y viajeros diciendo unos y otros que no encuentran palabras para pintar tanta belleza. Igual impresión causaban estos peces ya á los antiguos, pues los dedicaron á la diosa de la hermosura. Sus rasgos característicos consisten en la aleta dorsal muy larga que empieza encima de los ojos; en las aletas torácicas encorvadas á manera de hoz; en la inserción de las abdominales debajo de las torácicas, en la muy pronunciada bifurcación de la caudal, en los dientes pequeños de gancho que se encuentran en las mandíbulas, con dientes de púa detrás, que guarnecen también el palatino y el hioides, y finalmente en los dientes de terciopelo sobre la lengua. Algunas especies carecen de vejiga natatoria.

LA LAMPUGA—CORYPHÆNA HIPPURUS

CARACTERES.—La *lampuga*, lampugo, ó dorado, alcanza una longitud de algo mas de metro y medio y un peso de quince á veinte kilogramos. Su coloración varía con la inflexión de la luz. «En la calma, dice Bennett, brilla la lampuga, cuando nada en la superficie, con un color azul magnífico y de púrpura con viso metálico que varía hasta lo infinito, según que se halle el pez expuesto á la luz del sol ó á la sombra, mientras que la cola conserva inalterable su color amarillo de oro. Fuera del agua y sobre la cubierta varían estos colores, cambiándose en otros tan bellos como los primeros. El color encendido de púrpura y el amarillo de oro pasan á un plateado brillantísimo tornasolado del primitivo color de púrpura y de oro. Estas variaciones duran bastante tiempo; después van poco á poco menguando para acabar en un color gris oscuro coriáceo.»

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La lampuga puebla todos los océanos de las zonas tropical y templadas como también el Mediterráneo y el mar Rojo.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—En las costas se la observa solo durante el período del desove; en las demás épocas del año y cuando el agua está agitada, en alta mar; tanto que los marinos al verla junto al buque la toman por precursora de la tempestad. Se alimenta de toda especie de peces pequeños, y particularmente de voladores. Bennett encontró en su estómago también cefalópodos, en especial jibias y argonautas. La lampuga es la mayoría de las veces causa de que salgan del agua los peces voladores. Respecto de esto cuenta Hall lo que sigue: «Una lampuga grande que venía acompañando á nuestro buque y que nos había hecho ver repetidas veces el brillo maravilloso de sus colores, observó de repente una bandada de peces voladores y volvió la cabeza en dirección de ellos; subió en seguida á la superficie y saltó con tal velocidad fuera del agua que no parecía sino que una bala de cañón atravesaba el aire. La longitud del salto podía ser de unos seis metros, mas bien mas que menos, pero no fué bastante para alcanzar la presa. Apenas hubo vuelto á caer en el agua, se la vio deslizarse como el rayo al través de las olas, y se conocía fácilmente que después de cada salto iba aumentando la rapidez con que nadaba. El mar estaba terso como un espejo, de suerte que se podían observar todos los movimientos hasta gran distancia. Los peces voladores, conociendo perfectamente la furiosa perse-

cución de que eran objeto, ya no nadaban, sino que estaban casi constantemente en el aire, interrumpiendo solo su vuelo para caer un instante en el agua y levantarse al momento otra vez. Los pobres animales excitaban la compasión de los de á bordo, tanto mas cuanto que á cada vuelo tomaban una dirección diferente, procurando así escapar de su enemigo hambriento, que los seguía sin misericordia, variando también de dirección cuando notaba que ya no tenía delante á los voladores. Pronto se fué acortando la distancia entre estos y aquel; su vuelo iba siendo cada vez mas corto, vacilante é incierto, mientras que los saltos descomunales de la lampuga parecían indicar que su fuerza y rapidez iban en aumento. El experto cazador sabía calcular sus saltos de tal manera que caía al agua exactamente en el punto en donde habían de caer también los voladores. Esta parte de la lucha tuvo lugar demasiado lejos del buque, pero subiendo á los aparejos se veía muy bien cómo la lampuga devoraba al fin una presa tras otra.»

La fuerza muscular de este pez es maravillosa; Boteler y toda la oficialidad del buque de guerra que mandaba, tuvieron una prueba de ella que los dejó á todos pasmados. «Levantóse una lampuga inmediatamente delante de la popa del buque y saltando en dirección de la proa dió con tanta fuerza contra el castillo que de seguro habría lastimado seriamente á la persona que allí se hubiera encontrado. Cayó á los pies del timonel aturdida por el golpe, pero en seguida empezó á moverse tan de prisa y con tanta fuerza que fué menester darla algunos hachazos en la cabeza antes que hubiera sido prudente cogerla con las manos. La altura máxima que alcanzó su terrible salto fué de seis metros y su longitud hubiera sido forzosamente de cincuenta metros á no haber tropezado en su camino con el obstáculo que la hizo caer.»

Además de los peces voladores también come la lampuga el excremento de los otros peces, pues en voracidad iguala al tiburón; basta decir que se encontraron en el estómago de una cogida con arpon clavos de hierro de doce centímetros de largo.

Hacia el otoño se acercan los dorados á las costas para desprenderse de la freza. En el Mediterráneo se ha observado que escogen invariablemente orillas peñascosas alejándose cuidadosamente de las playas llanas, y hé aquí por qué se los pesca en las costas de Provenza y no en las del Languedoc. En alta mar emplean los marineros como cebo para cogerlos un pez volador artificial, ó los arponean desde la proa, ó finalmente se valen de un anzuelo rastrero. En las costas se los coge solo con redes. Gessner dice que en ciertas partes colocan lampugas pequeñas en viveros y estanques llenos de agua de mar, que las crían así y que su desarrollo es mas rápido que el de todos los otros peces. Hay quien dice que lo propio se hace hoy día; pero me resisto á creerlo. La carne de la lampuga es muy apreciada y alcanza elevados precios. Bennett dice que en especial los trozos inmediatos á las aletas tienen fama de exquisitos.

LOS TERACLIS—PTERACLIS

CARACTERES.—Los teraclis no se asemejan á las lampugas sino por la prolongación de su cuerpo comprimido, la presencia de dientes en forma de carda en las mandíbulas y los palatinos, varias asperezas en la lengua, y sobre todo la extensión de la dorsal, que comenzando en la nuca termina en la cola.

EL TERACLIS DE MANCHA—PTERACLIS OCELLATUS

CARACTERES.—Este pez singular (fig. 163) tiene la